

A los 25, ó 26 de su edad, según la opinión común de los historiadores, entró á regir los destinos de su patria, pero su trono estaba erizado de dificultades, rodeado de decepciones, asestado por el engaño y la traición y combatido por extranjeros ambiciosos de oro y de gloria; porque tal era el espíritu de la época, el torrente del siglo, la enseña de la edad.

La peste de viruelas y la guerra sostenida contra los aventureros y sus aliados, había diezmando la población de Tenochtitlán, las provincias tributarias, unas, no habían cubierto el contingente y otras, se habían revelado contra el imperio y aliándose con el enemigo invasor; la miseria y el hambre se hacían sentir por todas partes; el desaliento para sostener la lucha extendía su maléfica influencia, y el pánico de momento en momento se apoderaba aun de los más valerosos y esforzados capitanes; el temor teocrático se transmitía de gente en gente y llegó á imperar el absurdo pensamiento de que los conquistadores eran invencibles y superiores á todo poder humano.

El desgarrador llanto de los hijos y de las esposas, el lúgubre lamento de los ancianos, la vacilación del guerrero, el desconcertado rostro del sacerdote y la sombría flaqueza de la muchedumbre, formaban un cuadro desconsolador y funesto, capaz de arredrar al espíritu más fuerte: cualquiera hubiese retrocedido de espanto al considerar una situación insostenible: cualquiera hubiera abandonado esa situación y aceptado la paz á mucho ó poco precio al considerar que todo estaba perdido; pero CUAUHEMOC como los genios de la fuerza y del valor no se amilanó ante el sombrío panorama que le presentaba su patria, antes bien se dispuso á triunfar ó á recibir una muerte gloriosa en defensa de la soberanía ó independencia nacional.

Había nacido para vencer las dificultades, para triunfar en la lucha, para ceñir la corona de la gloria póstuma y llevar en sus manos las palmas de la victoria; mas en el gran libro del destino de las naciones estaba escrito el atropello y la conquista; había sonado la hora de la caída del imperio y tenía que consumarse el hecho; era forzoso que á los sangrientos sacrificios y á las hecatombes producidas por la idolatría y la barbarie religiosa, se sucediera el madero santo de la redención como el consuelo de la humanidad doliente. Era preciso que los apóstoles del cristianismo matasen los sacrificios humanos y más tarde la conquista armada, para que triunfara la humanidad, para que pudiesen derramarse las dulzuras y el consuelo, la mansedumbre y la caridad, la misericordia y la paz del evangelio; porque, dicha sea la verdad, los primeros religiosos franciscanos, dominicos y agustinos, fueron los ministros de Dios, los ángeles de la templanza, los cariñosos y tiernos padres de los vencidos y los profundos sabios, cuyos brazos estuvieron siempre abiertos para los desgraciados y los oprimidos: ellos, también se hicieron inmortales.

Celebrada la alianza entre Cortés y los señores de Hue-

xotla, Coatlinchan y Atenco y colocado en el trono texcocano á IXTLIXOCHITL, aunque contra el torrente de la voluntad de la nobleza de esta poderosa nación, los enemigos de la gran familia mexicana se multiplicaron; se hacieron más y más los elementos del desastroso asedio á Tenochtitlán y las deidades funestas de la destrucción y la muerte, se prepararon para caer segunda vez sobre la ciudad de los palacios y de los teocallis, á aniquilarla y demolerla.

CUAUHEMOC por su parte, se aprestó á la defensa; infatigable y celoso de conservar el rico tesoro que se le confiara al subir al poder, animó á los desalentados, consoló á los huérfanos y á las viudas, socorrió á los necesitados, atendió á los heridos y á los enfermos, calmó el temor de los sacerdotes, abasteció en cuanto pudo de víveres la ciudad, recibió algunos aliados, aunque pocos, que vinieron en su auxilio y como el hombre de las esperanzas y de la salvación patria, levantó el decaído espíritu público é hizo renacer la confianza y el amortiguado valor de sus guerreros. ¡Cuántos afanes, cuantos sacrificios estériles! Estaba incrustada en el débil corazón de las masas la supersticiosa creencia de que unos hombres venidos de allende el Oriente, debían triunfar y apoderarse del país, y esta estúpida creencia inoculada por los que malamente se llamaban intérpretes de los dioses, había preparado la simiente y su fruto, y no se podían cosechar más que espinas y abrojos en la patria de los aztecas.

El 28 de Diciembre de 1520 salió de Tlaxcallan el inolvidable Cortés, porque hay que hacerle justicia á su genio y su valor, y llegado el postrero día del mes y año á Texcoco, hizo sus aprestos para realizar el asedio de la ciudad cuyos habitantes le habían hecho derramar dolorosas lágrimas en la terrible jornada de la NOCHE TRISTE.

Destacó una parte de sus fuerzas á destruir á Ixtapalapan, cuyos habitantes rompieron los diques del lago, inundando la ciudad las aguas, y exponiendo á los contrarios á perecer en ellas; pero los nuevos esfuerzos de los hijos de México, las acertadas medidas defensivas del monarca de los adoradores de HUITZILOPOCHTLI, las más felices concepciones del emperador azteca, se estrellaban ante la intriga y la traición, porque cuanto mayores eran sus afanes y sacrificios en pos de la defensa nacional, tanto mayor eran las inicuas alianzas y confederaciones con el enemigo común: así es que, principiado ya el sitio se acomodaron con los invasores los habitantes de las ciudades de Mizquic, Otompan, Chalco y otras que vinieron á coadyuvar el elemento aniquilador, y servir de ayuda en el transporte de los materiales y piezas preparadas en Tlaxcallan para la construcción de los bergantines que en las aguas de Texcoco y Chalco debían surcar y contribuir á la destrucción de la ciudad de los césares aztecas.

Imposible es concebir tanta infamia y tanta maldad, si no se atiende á que cansados los pueblos aliados de sufrir las esacciones, los ultrajes, la invasión perpetua

de sus sagrados derechos, las vejaciones de todo género y la más espantosa tiranía de Moctezuma II y sus predecesores, ansiaban por su salvación, por su soñada libertad, por su venganza; porque los déspotas y los tiranos, tienen, como todo en este mundo, un HASTA AQUÍ ¡hay entonces de los opresores! porque, ó son arrastrados por el furor popular ó espían sus iniquidades en el cadalso; pero CUAUHEMOC era la víctima sin ser el culpable.

Comprendió Cortés en su primera tentativa contra Ixtapalapan, que por entonces no era posible vencer, y se contentó con dirigir sus huestes por XALTOCAN, QUAUHTILÁN, TENAYOCAN y ATZCAPOTZALCO, hasta penetrar en la corte de TLACOPAN, después de diversos combates más ó menos sangrientos; y situado en esta corte, sus fuerzas llegaron á penetrar hasta las cortaduras en que tantos y tantos perecieron la NOCHE TRISTE; mas siendo infructuosas todas sus estrategias, y embates, se tornó á Texcoco y cambió repentinamente de táctica proponiendo á CUAUHEMOC la paz, á trueque de que se reconociese la soberanía del monarca español, como lo había efectuado Moctezuma y la nobleza mexicana.

Pero el joven emperador desoyó la propuesta y enviando nuevas y más numerosas tropas contra Chalco, hizo comprender á su adversario que no había medio alguno de avenimiento; que su resolución era irrevocable y que la disyuntiva para ambos era la MUERTE Ó LA VICTORIA.

En esta alternativa y habiendo recibido Cortés el mensaje de sumisión de algunas ciudades de la costa del Seno mexicano, tales como Nauhtlán, Tuzapán, y Mecatzingo, abandonó nuevamente la corte de Acolhuacán se dirigió por Tlalmanalco y Chimalhuacán á CUAUHNABUAC (Cuernavaca) la que conquistó, dirigiéndose en seguida sobre Xochimilco, cuya plaza tomó á viva fuerza; mas tuvo que abandonarla sin embargo de la señalada victoria adquirida sobre las fuerzas enviadas por CUAUHEMOC en auxilio de la ciudad.

En tal situación que prolongaba la campaña, se determinó á practicar un minucioso reconocimiento, y tomando á Coyohuacan, examinó atentamente los caminos, las alturas, y las orillas del lago, y pasando por Tlacopan, Tenayucan, Quauhtitlán, Citlaltepec y Acolucan, se tornó á Texcoco para terminar sus aprestos de asedio en toda forma.

El 28 de Abril de 1521 y después de una misa solemne y tomar los españoles la comunión, fueron bendecidos y botados al agua los bergantines que debían servir más tarde en los lagos y canales, pasando Cortés una revista á sus tropas halló que contaba con poco más de 900 infantes, 86 caballos, 3 cañones de grueso calibre, quince de menor y el suficiente parque para las dos armas.

Practicadas estas operaciones navales y militares envió sus mensajeros á Tlaxcallan, Cholula, Huetzotzingo, Cuauhnahuac, Yacapichla y otros puntos para que en el acto le enviasen todas las fuerzas de que pudieran disponer, llegando á reunir más de 200,000 hombres.

Con este numeroso ejército, creyó que podía ya dar principio al asedio, y dispuso el 20 de Mayo, que Alvarado se situase en Tlacopan, Olid en Coyohuacan, encomendando á Sandoval la vigilancia sobre Iztapalapan, y dando á cada jefe su respectivo cuerpo de ejército, se reservó el mando de los bergantines.

El 30 del mes citado y al ocupar sus puestos Alvarado y Olid, rompieron el acueducto de Chapultepec para que careciesen de agua los sitiados; entre tanto Cortés con sus naves y Sandoval con su cuerpo de tropas, por tierra, atacaron á Iztapalapan, tomaron á viva fuerza el punto militar llamado Xoloc, situado en la confluencia de los caminos de Coyohuacan á Iztapalapan, y allí se fijó el cuartel general para desenvolver el resto de las operaciones bélicas sobre la ciudad.

Entonces recibió el caudillo conquistador el auxilio de 70,000 hombres, 50,000 texcocanos á las órdenes de IXTLIXOCHITL y 20,000 xochimilcas y otomies que se confederaron con los primeros para ayudar á la obra de la destrucción del imperio mexicano.

Todo llegaba al conocimiento de CUAUHEMOC; mas este parecía no temer ni á la fuerza numérica de los aliados sus enemigos, ni á la superioridad de las armas españolas porque dió principio á una serie de ataques, hasta cierto punto temerarios, en la creencia de que un triunfo de sus armas sobre los invasores, haría cambiar la marcha de los aliados en favor de los conquistadores, y que éstos sufrirían una terrible decepción y un desengaño.

CUAUHEMOC, que no había estado ocioso durante las correrías de sus adversarios, contaba con numerosísimas fuerzas que en Marzo, Abril y parte de Mayo le habían llegado en auxilio, así como elementos de boca y guerra para hacer frente á las emergencias del asedio; pero el conquistador envió seis bergantines á la parte del lago entre Tlacopan y Tepeyacac con objeto de impedir la introducción de víveres y nuevos resfueros á la ciudad.

Las operaciones militares de los sitiadores consistieron en avanzar su infantería y artillería por sus calzadas, mientras los bergantines y canoas se introducían por las acequias y canales hasta casi el centro de la ciudad: mas acosados los unos y los otros por los heroicos defensores de la plaza, que columna en masa se arrojaban sobre el enemigo en las calzadas, y ocupadas las alturas desde donde batían á los de las naves, los sitiadores tenían que retroceder y conformarse con incendiar y saquear algunas casas de los suburbios, teniendo que abrirse paso por entre las masas para evacuar los puntos hasta donde habían logrado penetrar.

En estos momentos de angustia, de fatiga y de horrenda carnicería, se dejaba ver en todas partes el denodado emperador azteca, por todas partes se oía el nombre de CUAUHEMOC, y á su presencia y su voz se redoblaban los esfuerzos, renacía la confianza y los combatientes defensores creían infalible su victoria. ¡Vana esperanza! pero la lucha tomaba creces y el soberano no desmayaba en